



LOS DIVISADEROS

PARTE OFICIAL que rinde el Primer Jefe de las Armas de Auxiliares de la Federación, del distrito de Monclova (Coah.), ante el C. Gobernador del Estado, de la batalla librada en el punto denominado Los Divisaderos, a treinta kilómetros al Poniente de Cuatro Ciénegas (Coah.), contra las huestes rebeldes, al mando del cabecilla José Inés Salazar, el día primero del presente mes:

«El día 30 del mes próximo pasado me encontraba con 330 hombres en la vía de Cuatro Ciénegas, haciendo las preparaciones para cumplir con la orden que cuatro días antes había recibido de usted, de mandar un destacamento a la Hacienda del Rosario, lo cual no se había hecho por las dificultades que se nos presentaron, para conseguir fleteros que llevaran provisiones y forrajes al lugar indicado; dificultades que quedaron vencidas para el día último del mismo mes. Estaban listos para marchar a las cinco de la mañana del día primero de Mayo, cincuenta hombres al mando del capitán Segundo Saravia, para que fueran como destacamento a la Hacienda del Rosario, ya mencionada; pero a las tres de la mañana del mismo día primero de Mayo llegaron los explora-

dores que hacían la vigilancia, diciendo que dentro del puerto de Jora se habían tiroteado con una avanzada del enemigo, por lo que mandé precipitar la marcha de la gente que tenía ya dada la orden. Mientras este piquete de caballería avanzaba con instrucciones bastantes para marchar sobre el enemigo y detenerlo si le era posible, yo personalmente me ocupé de poner en movimiento a los diferentes Cuerpos de mi mando para salir a su encuentro. A las cinco de la mañana salió el C. Bruno Treviño con cuarenta hombres más, resto que le quedaba de su escuadrón; pues los cincuenta que llevaba Saravia pertenecían al mismo. Pocos momentos después salieron los jefes Aureliano Esquivel y Cesáreo Castro, con los soldados a su mando, respectivamente, haciendo un total con los de Treviño de 180 hombres. En Cuatro Ciénegas dejé como resguardo a los capitanes Emilio Salinas y Manuel G. Álvarez, con cincuenta hombres de caballería el primero y cien infantes el segundo. Después de dejar las órdenes respectivas a los destacamentos que se encontraban en Villa Ocampo y Hacienda de las Ánimas, emprendí una marcha forzada para alcanzar al que ya había mandado, y disponer lo conveniente frente al enemigo.

»Ignorando el resultado que pudiera tener en el primer encuentro, por no saber el lugar en que se encontraba el enemigo, ordené al primer grupo que alcancé, que fué el del capitán Aureliano Esquivel, que hiciera alto y tomara posiciones en un punto denominado El Anteojo, lugar estratégico en el que podría detenerse, si no se hubiese conseguido antes.

»A las ocho de la mañana llegué a Los Divisaderos, lugar distante de Cuatro Ciénegas treinta kilómetros; observé que un grupo de gente se dirigía hacia nosotros. Como las órdenes dadas eran de avanzar hasta encontrar al enemigo, me extrañó la dirección que traía la gente que se avistó, y mandé a mi ayudante Francisco Garza Linares a que

se cerciorara de quiénes eran; resultado, que era el capitán Treviño, que en la confianza del compañerismo había ordenado que la gente que estaba dispuesta a guarnecer la Hacienda del Rosario pernoctase en un campo de guayule que a no lejos distancia se encontraba, mientras unos exploradores que él mandaba rendían parte al siguiente día de que estaba ocupado por el enemigo el mencionado puerto de Jora, y él regresaba a Cuatro Ciénegas.

»Pero como después del parte recibido de los exploradores, en Cuatro Ciénegas no se había sabido nada más, y por nuestra vista no nos hubiésemos desengañado de si había o no enemigo, me extrañó la resolución del capitán Treviño, más porque se observaba de modo muy notable un fuerte nubarrón de polvo que se levantaba en línea recta, en las afueras del cañón, de tal manera intenso, que subía hasta cubrir la cima de la montaña que formaba dicho puerto. Indiqué al capitán Treviño que no me parecía bien aquella retirada, puesto que al devolvernos así, no podríamos rendir ningún parte seguro al señor Gobernador del Estado sobre la causa que había motivado nuestra salida de Cuatro Ciénegas, de lo que ya había dado cuenta. Además, le dije: —¿Qué significan esos polvos espesos que se ven levantarse en la boca del cañón? — A lo que me contestó que eran producidos por burros cargados con guayule, con tanto aplomo como si los hubiese visto de cerca. — ¿Le consta a usted eso?, le pregunté. — No señor; pero no debe de ser otra cosa, o algunos muebles que vienen por el camino, me contestó.

»Entonces le hice observar que no podíamos devolvernos por ningún motivo, sin haber reconocido antes el puerto mencionado, y que si los que producían el polvo eran arrieros o carreteros, como él creía, estos mismos podrían darnos informes que mucho nos ayudarían en nuestra exploración; así es que, «mande usted unos exploradores que vayan

a hacer ese reconocimiento, le dije, y ordene al grueso de la tropa que eche pie a tierra, para que descansen los caballos, mientras tenemos el aviso de nuestras investigaciones». Así lo hizo; pero antes de ejecutarse la orden, vimos que de la gente del mencionado capitán Treviño que había enviado al campo de guayule, se desprendía un jinete que a todo correr se dirigía hacia nosotros. Mientras el mensajero aquél llegaba, Treviño, Garza Linares y el suscrito tomamos los gemelos para observar el polvo que él aún sostenía que era producido por burros que conducían guayule, y nosotros, que era muy alto el bulto que se veía sobre los animales, para que aquello fuese. La llegada del enviado nos desengañó de todo, diciéndonos que el enemigo, en número de quinientos aproximadamente, se acercaba.

»Ya una vez teniendo aquel aviso, mandé dar agua a nuestra caballada y devolver a la gente que iba al mando del capitán Segundo Saravia, y que por orden de Treviño se dirigía al campo ya mencionado. Parte de esta gente dejé en las posiciones del centro, que ocupé yo con cuarenta hombres, defendiendo la noria del agua y demás fincas que constituyen el rancho. A mi derecha se situó el capitán Treviño, con cincuenta hombres, y siguiendo la misma línea y en el extremo de ella, el capitán Castro, con veinticinco soldados. A mi izquierda se situó el capitán Zuazua, con igual número de gente. Al capitán Aureliano Esquivel, que estaba en El Anteojo, le mandé orden de avanzar, y a su llegada lo coloqué en un intermedio bastante largo que había entre la gente de Treviño y la mía. La fuerza que mandaba el capitán Esquivel se componía de cuarenta hombres. En esa forma quedó cubierta toda la línea.

»Mientras nosotros tomábamos posiciones, el enemigo avanzó hasta podernos alcanzar con sus tiros; pues al romperse el fuego vimos que nuestras armas treinta-treinta no alcanzaban a las de ellos; así es que sólo unos cuantos Mau-

sers de caballería, que trafa nuestra gente, les estuvieron haciendo resistencia.

»Como el enemigo continuase su marcha sobre nosotros, al abrigo de un borde destruido de una línea del ferrocarril, que en partes se marcaba bien alto, llegaron a aproximarse bastante, y allí fué donde nuestros buenos tiradores empezaron a hacer blanco, hasta hacerlos replegarse hasta sus conocidas posiciones. En esas condiciones estuvimos casi todo el día, hasta las dos y media de la tarde, en que habiendo sido rechazados varias veces, y no pudiendo tomarnos las posiciones para dar el agua que tanto necesitaban, gran parte de ellos se montaron en sus caballos y se echaron a correr en desbandada hasta perderse de vista, con lo que por algún tiempo creímos completa la victoria; pero a medida que algunos polvos se alejaban rápidamente hacia el peñón, se veían otros que ocultaba el puerto, y que en general hacían un movimiento de avance. No tardamos mucho en desengañarnos de aquella verdad: pero no sé debido a qué aceleraron su marcha, y ya claramente pudimos apreciar que era un gran refuerzo como de ochocientos hombres, que llegaba al enemigo. Inmediatamente mandé un propio al capitán Salinas a Cuatro Ciénegas, en el que le decía que avanzase con su escuadrón y con el batallón de infantería, al mando de los capitanes Álvarez y Flores, en nuestro auxilio.

»El ataque se volvió a reanudar a la llegada del refuerzo enemigo, y cosa de las cuatro de la tarde se había serenado un poco, habiéndose retirado, como lo hacían, después de una embestida, fuera del alcance de nuestras armas.

»El ruido de los coches que llegaban con parque y alimentación para los soldados, el chorro de agua de una barrica grande que cogimos desde la mañana, saliendo para el campo de guayule, y que hubiera caído en poder del enemigo, y, por último, el ruido de un carro que con el depósito de agua llegaba en esos momentos de Cuatro Ciénegas, nos

llamó la atención, y volviendo la vista hacia atrás vimos el polvo intenso que levantaba la caballería del capitán Salinas, que al trote venía en nuestro auxilio, y traía en ancas los infantes más fatigados. No hubo descanso para aquella gente. El enemigo volvió otra vez a probarnos la resistencia para ver si encontraba algún punto vulnerable y tomar nuestras posiciones.

»Pero, una vez apostados los infantes y la ametralladora, que les hizo un fuego que no se esperaban, y que no resistieron ni un momento, dieron media vuelta con la velocidad del rayo, llevando sus banderas y pertrechos de guerra, mientras nuestras armas de alcance los siguieron asediando, hasta que se creyó infructuoso seguirles tirando.

»En esta retirada creo que no dejaron de tener unas setenta bajas, y en las primeras horas de la mañana otras tantas; así es que, con esas pérdidas, creímos que no volverían a acometernos más.

»Las cinco de la tarde serían cuando volvía por tercera vez a cerrarse completamente de polvo el puerto, y que al parecer se hacía remolmo. No había pasado una hora más, cuando vimos que se desplegó hacia nosotros en tres columnas aquel formidable ejército que lo producía. El capitán Treviño me propuso hacer la retirada a esa hora, a lo que le contesté que la haríamos cuando se hiciera preciso, pues que si el enemigo se daba cuenta de ella, por ser aún de día, podría seguir nuestro alcance, sin dejarnos tomar posiciones en El Anteojo, único punto apropiado para hacerles alguna resistencia.

»Del enemigo que había quedado resguardado tras el borde del ferrocarril, que sería en número de seiscientos hombres, salió una gran parte al encuentro del nuevo refuerzo que le llegaba, e hicieron su regreso con los del ala izquierda, que avanzaban con mayor velocidad. El fuego se empezó nutridísimo por tres o cuatro horas más, y en vista

de la imposibilidad de poder avanzar por aquel punto, intentaron atacar por su derecha; pero, rechazados también, se devolvieron a sus antiguas posiciones. Como yo tenía que recorrer la línea toda de fuego, que se extendía como unos cuatro kilómetros, no podía permanecer de pie en ninguna parte; así es que mi estancia durante toda la batalla, desde que se comenzó hasta las doce de la noche, poco más o menos, en que se terminó, fué andar con mi ayudante y mi asistente en donde se oía más fuerte el tiroteo, para animar a los soldados y recomendarles muy especialmente que no gastasen el parque sin necesidad.

»Este grito incesante, dirigido a los soldados en toda la batalla, quizá no haya habido uno solo que no lo haya oído, porque subí a caballo hasta las cumbres de las lomas más altas de aquel lugar, y no menos que seis veces al día y otras tantas en la noche, hasta la hora de la retirada.

»Serían las diez de la noche cuando llegó el teniente coronel Pablo González, con su escuadrón, a todo escape; era la hora precisa en que el enemigo nos flanqueaba por el ala derecha, por entre las posiciones de Treviño y Osuna, que eran las más distantes entre sí. Osuna reemplazó a Castro por la noche en la posición que ocupó durante el día, y éste pasó al centro para proteger la noria con agua.

»Cuando el teniente coronel Pablo González llegaba, el enemigo, queriendo pasar por entre las posiciones de los capitanes Osuna y Treviño, dirigía sus fuegos en una línea recta hacia las trincheras de ambos lados, y éstos hacia él, con lo que resultaba que los tiros que llevaban la puntería elevada iban a dar al campo de los nuestros. Así es que por un momento, González no sabía qué hacer, recibiendo y mandando tiros en todas direcciones. En esa confusión estuve yo acompañado de mi ayudante; pues fuimos a dar una vuelta a informarnos de aquel nutridísimo tiroteo que se dejaba oír como en ninguna de las demás veces, y a llevar par-

que a la gente que defendía el centro y el ala izquierda. El capitán Castro también fué con este último objeto, y juntos llegamos al campo de Treviño, que era donde el parque se encontraba. *Estábamos a la orilla del depósito de agua*, cuando junto a nosotros cayó uno de los compañeros mortalmente herido. En vista de aquella confusión, le dije a mi ayudante: «Es preciso dar la orden de retirada, para evitar algunas desgracias más que puedan suceder entre los nuestros; a nosotros nos toca hacerlo por ser pocos». El capitán Castro, que, como decimos, había ido al campo de Treviño a proveerse de parque, no pudo salir en medio de aquella confusión en que andaban revueltos unos con otros.

»Los jefes de la infantería también me decían que qué hacían ante aquel accidente, a quienes contesté que tomaran las posiciones en sentido contrario, para evitar algunas desgracias, mientras se daba la orden de retirada. En esos momentos se iniciaba en el centro también un fuerte tiroteo, y dirigiéndome hacia allá, y viendo la imposibilidad de seguir sosteniendo aquella situación, mandé decir a Treviño que hiciera la retirada y así lo comunicara al jefe Osuna, que se encontraba en la falda de la Sierra de El Anteojo; lo que creo que no pudo efectuar, porque esa gente, por la falta del aviso, quedó cortada por el enemigo. La misma orden recibieron los demás jefes, en las posiciones que ocupaban, mientras yo, con algunos jefes principales, me preparaba para lo mismo, habiendo mandado tres correos a la infantería que estaba situada en lo más alto de las posiciones, que aún se tiroteaban de cuando en cuando.

»Me honra comunicar a usted, señor Gobernador, que el correo que mandé adonde se encontraba la infantería y fuerza de los capitanes Castro y Treviño, fué cogido prisionero por los mismos nuestros, a quien le prometieron fusilarlo, si los engañaba con la orden que acababan de recibir. En este rasgo, aunque acuse una falta mía por no haber mandado la

contraseña para que supieran que la orden procedía del superior (porque escribir en aquellos momentos era difícil), se ve el encarnizamiento y la ceguera de nuestra gente en aquel momento; pues todavía no veían la necesidad de retirarse, si no se les hubiese ordenado. ¡Cuánto valor, cuánto heroísmo, qué rasgo más hermoso! ¡Llevar preso a un compañero, para fusilarlo si les había mentido!

»Así fué como se hizo la retirada, cerca de media noche. Centro e izquierda nos fuimos a la retaguardia de aquella gente, llevándonos el resto de la infantería que nos acompañaba y protegiéndola todo el camino hasta llegar a El Anteojo, punto en que ya encontramos al teniente coronel Pablo González, a los capitanes Castro, Esquivel, Treviño, Álvarez y Flores, y gran parte de la infantería que los acompañó, protegiendo sus posiciones. Allí supimos y lamentamos la falta de algunos compañeros que habíamos perdido en la batalla, entre ellos un subteniente apellidado Maycott, y un jovencito, hermano del capitán Osuna, de quien su desaparición nos consternó grandemente. Vimos también, con sentimiento, la herida que el teniente coronel González llevaba en la cabeza, despidiendo sangre todavía, y su sombrero con otro tiro muy cerca del primero, que estuvo a punto de interesarle parte de su cuerpo. Pero siendo ya las tres de la mañana, según la hora que marcaba mi reloj, todos de común acuerdo resolvimos seguir hasta Cuatro Ciénegas y reposar un poco, para el siguiente día, y volviendo a El Anteojo, hacer frente al enemigo.

»Varios de mis oficiales y yo no pudimos dormir, haciendo los preparativos para salir cuanto antes al lugar mencionado. Esta determinación la tomamos debido a un aviso que tuve, de que un tren militar llegaba conduciendo de cuatro a seiscientos hombres en nuestro auxilio. Al señor presidente municipal, Miguel Ferrifio, que estaba esperándonos para ayudarnos, como lo hizo con todo empeño en toda la campa-

ña, le indiqué la necesidad que tenía de un mueble con herramienta apropiada para hacer algunas obras de fortificación en el mencionado lugar de El Anteojo, y para lo cual mandaría una compañía de zapadores de la infantería. Así lo preparó, y ya para salir, recibimos un nuevo aviso, en que se me decía que el tren militar traía parque solamente, y lo custodiaban cuarenta soldados. En vista de esta última información, di orden de que el tren se detuviese en San Juan, y de que no avanzara hasta nueva disposición, a fin de que no cayese en poder del enemigo.

»Habiendo tenido una junta con el teniente coronel Pablo González y el señor capitán Salinas, respecto a la apremiante situación de aquellos momentos, resolvimos evacuar la plaza para no sacrificar nuestro pequeño ejército en un lugar que por su posición topográfica no se prestaba para defenderse con poca gente, y además, dejaríamos expuesto al pueblo a las represalias de una gente sin conciencia.

»Humedecidos los ojos por la resolución tomada, y temiendo las venganzas que ejercieron sobre nuestro pueblo aquellas chusmas de bandidos, después del descalabro que habían sufrido en Los Divisaderos, dimos aviso a los Bancos y comercios del lugar, de nuestra última determinación, y a continuación empezamos nuestros preparativos de viaje, procurando ante todo salvar la infantería, que con las largas fatigas del día anterior aún no podía ni andar. Asimismo mandé el parque y demás pertrechos de guerra que fué posible salvar, habiendo tenido que emplear uno de los trenes que había en la estación, para ofrecerlo a las familias que me habían mandado suplicar, con D. Rafael Ferriño, que no las dejase abandonadas. Lo que les fué concedido inmediatamente.

»Mientras esto pasaba, al capitán Treviño, que según recomendaciones especiales que tenía para con él, le había dado la comisión de ir a observar al enemigo sin presentarle

batalla, mientras yo con la infantería hacía parapetos y fortificaciones en El Anteojo; pero como se hubiese cambiado de plan de campaña, por no haber traído el tren militar los soldados que se esperaban, le mandé un correo en seguida, en el que le decía que se iba a evacuar la plaza; que se devolviese, mientras yo salvaba el parque y la infantería en tren especial que para el efecto había ordenado que quedara en la estación de Cuatro Ciénegas, por si se hiciera necesario.

»Había ya embarcado todo lo que se pudo salvar, cuando se presentaron cuatro rebeldes a asaltar el tren, que vistos por el maquinista y jefe de la estación, movieron éste con toda velocidad para evitar que aquéllos fuesen a cortar la línea. Yo volví entretanto a Cuatro Ciénegas, acompañado de mi ayudante, e hice ver a mis compañeros la proximidad del enemigo. Montaron el teniente coronel González y el capitán Salinas en sus caballos, y luego emprendimos la marcha a paso de campaña, sin haber trotado una sola vez en todo el camino hasta San Juan. Estando en este lugar, recibimos el aviso de que el enemigo nos seguía de cerca tiroteando a los de nuestra retaguardia, y en ese momento de sorpresa la gente no esperó órdenes, y a galope tendido se dirigió camino de Monclova. Pero seguidos por sus jefes y por mí, fueron detenidos en el puerto de El Salado, en San Juan, en donde volvimos a tomar posiciones, ocupando la derecha los jefes González, Salinas y Esquivel, y yo la izquierda con unos cuarenta hombres; pero el enemigo sólo llegó hasta El Pozo, lugar que dista dos leguas de Cuatro Ciénegas, y de allí se volvió, habiéndose sólo cambiado algunos tiros con las fuerzas del capitán Castro y del mayor Ramos Cadelo, que en esos momentos por allí pasaba para incorporarse.

»Así es que no habiendo llegado el enemigo al lugar en donde estábamos posesionados, lo abandonamos para se-

guir al puerto de El Carmen, adonde lo creímos más conveniente, por estar más cerca de todos los recursos.

»Hónrome, señor Gobernador, en comunicarle a usted los principales detalles de Los Divisaderos, a fin de que, si lo cree conveniente, se sirva elevarlo también al superior conocimiento del señor Presidente de la República, a quien, como a usted, calurosamente, por mi conducto, lo felicitan los jefes, oficiales y soldados que tomaron parte en ella, y de cuyo éxito obtenido esperan grandes consecuencias.

»Protesto a usted mi atenta consideración y respeto.

»Monclova (Coah.), Mayo 4 de 1912.

»El comandante en jefe,

JESÚS CARRANZA GARZA.»

A continuación se incluye carta en que el C. Gobernador del Estado pone de manifiesto, principalmente, el alto servicio prestado al Gobierno del Sr. Madero por las fuerzas que, a las órdenes del comandante en jefe, Jesús Carranza, sostuvieron el combate de Los Divisaderos.

«Correspondencia particular del Gobernador de Coahuila. — Saltillo, 13 de Mayo de 1912. — Sr. D. Francisco I. Madero, Presidente de la República. — México, D. F.

»Muy estimado y fino amigo: Por haber salido violentamente de Cuatro Ciénegas para ésta, debido al asalto de un grupo de bandoleros a la Villa de Arteaga, y por la noticia de que varias partidas rebeldes merodeaban cerca de Parras, no contesté su mensaje cifrado del 9 del actual, al que me refiero ahora, así como el que acabo de recibir de usted, fechado hoy. No puedo dejar desapercibida la insistencia de usted en hacerme cargos injustificados con motivo del mando de Fuerzas Auxiliares de la Federación, pagadas por ella, y otro cargo que no proviene de la disputa del mando, y es el que se refiere al general Téllez. Este general no estuvo

bajo mi mando al pasar por este Estado, y el retardo que sufrió en su viaje a San Pedro no proviene de órdenes mías, sino de usted. Atendiendo usted mi indicación respecto de la vía que debiera de seguir para llegar a San Pedro, le ordené que se fuera por el «Coahuila y Pacífico», y como su hermano D. Emilio le dijera que la vía del Central estaba en corriente, mandó usted que regresara a ésta y tomara aquella vía; lo que ocasionó un retardo de cinco días, después de haberse separado en Viesca del teniente coronel Zurita, quien obedeciendo a la orden que se le dió, lo mismo que a Téllez, de ir por el «Coahuila y Pacífico», llegó a Torreón antes de veinticuatro horas de haberse separado del repetido general Téllez. Si este general, como tenía orden, de acuerdo con usted, se hubiese bajado en Viesca, para ir a San Pedro, habría estado en aquella población para las diez de la mañana del día siguiente, en que le dió usted la orden de tomar la vía del Central; por esto verá usted que no fué orden mía la que causó el retardo del expresado general.

»El otro cargo que usted me hace en el primero de sus mensajes citados es que, contrariando órdenes del general Treviño, impedí que las fuerzas del Estado ocuparan el puerto de Jora; esto es un error palpable, porque el general Treviño no sabía ni que existiera ese puerto, hasta después del combate de Cuatro Ciénegas, por relacionarse la batalla de Los Divisaderos con la proximidad del expresado puerto, y por haber pensado que al ser rechazados los rebeldes en el puerto de El Carmen, pudiera haberse ido a ocupar dicho puerto para cortarles la retirada. Digo a usted esto, porque a mi paso para Cuatro Ciénegas hablé con el general Treviño en Monterrey, y me manifestó que había dado orden al general Trucy Aubert de que mandara ocupar dicho puerto con el objeto antes indicado; le dije que esto era imposible, y que había que hacer la persecución por el mismo camino que ellos llevarán, porque el terreno no per-

misma que pudieran, por ninguna parte, llegar primero las fuerzas del Gobierno al puerto de Jora, que las de los rebeldes, no ya llevando veinticuatro horas de ventaja, ni aun *habiendo salido inmediatamente detrás de ellos* del puerto de El Carmen, porque habrían tenido que ir combatiendo durante todo el camino para poderles salir adelante. De este error participa usted todavía también, tal vez por no conocer el Valle de Cuatro Ciénegas y las montañas al Sur y al Norte de dicho valle. Estoy dispuesto a ir a probar al general Treviño, en el mismo campo de operaciones, que no conoce nada ni sabe lo que hace, y que sólo en aeroplano habrían llegado del puerto de El Carmen, a Jora, las fuerzas del Gobierno antes que los rebeldes. Esto, en cuanto a los dos cargos que usted me hace; que en cuanto a la dualidad de mando que a usted le parece mal para las operaciones, manifiesto a usted que no trato de tener por fuerza el mando de las Fuerzas Auxiliares de la Federación, que con anuencia de usted he organizado, en la forma que lo he hecho; pero tampoco lo cederé pasando a los jefes y soldados que están sirviendo, no por el sueldo que perciben, sino por adhesión personal a mí, por diferentes motivos, como si se tratara de soldados reclutados en leva. Bien puede usted no apreciar los servicios que estas fuerzas han prestado a su Gobierno, y puedo asegurarle a usted que lo han salvado; pues si no se hubieran organizado y contenido al enemigo por el refiido combate de Los Divisaderos, y después por el puerto de El Carmen, en el que sólo las fuerzas de Coahuila rechazaron a los rebeldes hasta la llegada del general Trucy Aubert, el ejército enemigo, sin obstáculo alguno, habría llegado a Monclova, apoderándose del Ferrocarril Internacional; habría tomado a Piedras Negras, y se le hubieran unido miles de hombres de los minerales de carbón, acabados de desocupar una gran parte en Las Esperanzas, y habrían tomado el Norte de Coahuila y Nuevo León, amenazando in-

mediatamente a Monterrey, de donde al general Treviño no le habría quedado otro recurso que huir para salvarse. El mayor peligro de que sucediera esto ha sido la torpeza del general Treviño en haber mandado a Morelos Zaragoza, como jefe, que se pusiera al frente de las fuerzas de Nuevo León y las nuestras. Morelos Zaragoza, atemorizado ante el número del enemigo, al llegar a Monclova lo primero que ordenó fué que nuestras fuerzas que allí permanecían, al mando de los mismos jefes que combatieron en Los Divisaderos, abandonaran el puerto de El Carmen, y se concentraran a Monclova; por fortuna, la insistencia de nuestros jefes con él para que se ocupara el referido puerto, vino a salvar la situación, porque apenas acababa de llegar el jefe Pablo González, con los Auxiliares de Coahuila, a la salida del expresado puerto, cuando se encontró con las avanzadas del enemigo que se dirigían por ese mismo camino a Monclova. Empezó luego el combate y lo sostuvo este valiente jefe desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde, en que llegó el general Trucy Aubert con cerca de quinientos hombres. La victoria obtenida en este lugar fué por las fuerzas de Coahuila, que mandaba el jefe Pablo González, y el 23.º batallón de línea, apoyados por dos morteros que hicieron únicamente diez y siete disparos sobre el enemigo. Por esto verá usted que el jefe designado por el general Treviño y por usted, Sr. Morelos Zaragoza, no estuvo en el combate, pues se quedó en Monclova, que está a siete leguas distante, y los Voluntarios de Nuevo León no dispararon un solo tiro, por haber estado unos en reserva y otros en el puerto de Viborillas; pero sí por la Prensa se han apropiado de esta victoria, a la que en nada contribuyeron, sino desgraciadamente, y por orden de usted, para opacar las victorias de las fuerzas de nuestro Estado, haciendo que jefes extraños a ellas, y que para nada necesitan, hayan venido a mandarlas. Como no quiero que esto vuelva a repetirse, arregla-

ré con usted la forma en que deban quedar las Fuerzas Auxiliares de la Federación que han estado a las órdenes de este Gobierno, sea que queden como están actualmente, que se disuelvan, como usted lo indica, o que pasen al servicio directo de la Federación; pero antes hablaré con los jefes de ellas, manifestándoles la pretensión que tiene usted de hacerlas pasar directamente al servicio del Gobierno Federal; entretanto he ordenado la suspensión de reclutamiento en el Estado. En caso de que todos los jefes o algunos de ellos desearan pasar al servicio Federal, habrá que recoger a las fuerzas como ochocientos o más caballos que sus dueños han facilitado a este Gobierno para montar esos soldados, pues de esos caballos es responsable el Gobierno del Estado, y no quiero tener dificultades con la Federación por ese motivo.

»Sin otro asunto por el momento, y saludándolo afectuosamente, quedo su atento amigo y seguro servidor. — *V. Carranza.*

»P. S. Para tratar más ampliamente los asuntos a que se contrae la presente, saldrá mañana para esa mi secretario particular, Sr. Jesús T. Hernández.»

